

BURÓCRATAS AMBULANTES. MOVILIDAD Y PRODUCCIÓN DE CONOCIMIENTO ESTADÍSTICO EN CHILE, 1860-1873

Ambulant Bureaucrats. Circulation and the Production of Statistical Knowledge in Chile, 1860-1873

Andrés Estefane¹

Centro de Estudios de Historia Política, Universidad Adolfo Ibáñez

Santiago, Chile

✉ andres.estefane@uai.cl

Vol. X, n° 17, 2012, 123-146

Fecha de recepción: 9 de octubre de 2012

Fecha de aceptación: 13 de noviembre de 2012

Versión final: 9 de diciembre de 2012

RESUMEN: Centrándose en la figura del oficial provincial de estadística, cargo establecido por ley de 5 de octubre de 1855, este artículo estudia los vínculos entre movilidad y burocracia a propósito de la producción de conocimiento estadístico en Chile entre 1860 y 1873. Con ese objeto, fija su atención en la historia de la Oficina Central de Estadística durante la dirección de Santiago Lindsay, quien impulsó una serie de reformas a los procedimientos de acopio y procesamiento de información al interior del Estado. Analizando los aspectos territoriales y relacionales del proceso de producción de estadísticas oficiales y revisando las consecuencias administrativas del establecimiento de un cuerpo burocrático itinerante, el artículo explora los límites prácticos del

¹ Estudiante del Programa Doctoral en Historia de la Universidad Estatal de Nueva York en Stony Brook. Becario CONICYT (2008-2012). Licenciado en historia, Pontificia Universidad Católica de Chile.

ejercicio de poder estatal en provincias y las diversas relaciones burocráticas que determinaron la redacción de textos cuya densidad nos invita a reevaluar lo que entendemos por documentos oficiales.

Palabras clave: burocracia, movilidad, estadísticas, Oficina Central de Estadística, Santiago Lindsay

ABSTRACT: Focusing on the figure of the provincial statistical agent, position established by law of October 5, 1855, this article studies the links between circulation and bureaucracy regarding statistical knowledge production in Chile during 1860-1873. To this effect, it concentrates on the history of the Statistical Office under Santiago Lindsay's administration, who launched a series of reforms conceived to strengthen the state capacity of extracting and processing official information. By analyzing the territorial and relational dimensions of the production of statistics and considering the administrative effects of the emergence of an ambulant bureaucracy, the article explores the practical limits of state power as well as the diverse bureaucratic dealings that determined the production of texts whose complexity invites us to reassess what we understand by official documents.

Keywords: bureaucracy, circulation, statistics, Oficina Central de Estadística, Santiago Lindsay

En julio de 1872, la Oficina Central de Estadística publicó la primera de una serie de memorias provinciales concebidas como parte de un nuevo plan para formar la estadística general de la República. Ochenta y dos páginas en cuarto mayor sintetizaron el resultado de una expedición que, al menos nominalmente, había comprendido todos los distritos y cada una de las subdelegaciones que conformaban los cuatro departamentos en que se dividía la provincia de Valparaíso. Escrupuloso en el estudio de los efectos del medio geográfico, relativamente prolijo en la identificación de los límites político-administrativos y atento a los engranajes que mantenían en marcha los asentamientos humanos, el autor satisfizo con creces las expectativas asociadas a cualquier reporte estadístico del siglo XIX, esos textos a medio camino entre la sensibilidad naturalista del siglo precedente y el prurito científicista de la economía política en boga. Las autoridades no disimularon su satisfacción ante el resultado. Sujetos a las fórmulas convencionales de promoción institucional, tanto el informe como su redactor subieron inmediatamente de categoría. El primero no tardó en ser presentado como referencia obligada para las diversas comisiones estadísticas que a la fecha recorrían el país; el segundo fue ascendido al gratuito rango de funcionario ejemplar (Peña, 1872).²

² Para los elogiosos comentarios de la autoridad, ver Oficina Central de Estadística (1873: xi) y la circular sobre recolección de datos estadísticos enviada por el Ministerio del Interior a los intendentes el 4 de octubre de 1873 (Oficina Central de Estadística, 1874b: 3-4).

El optimismo de las autoridades de la Oficina Central de Estadística respondía a intereses que, por supuesto, iban más allá de las virtudes del reporte. La publicación de la descripción de una provincia clave como Valparaíso no solo era una prueba oportuna de la factibilidad de un proyecto reiteradamente postergado, sino también el primer fruto de una reforma administrativa que buscaba redefinir el lugar de la institución en la informe estructura burocrática del Estado liberal (Urzúa y García, 1971: 19-44). Se podría decir que desde inicios de la década de 1860, si es que no desde 1858 cuando asumió la dirección de la Oficina Central de Estadística, Santiago Lindsay mantuvo un tirante diálogo con el gobierno central respecto a la necesidad de conceder a los oficiales provinciales de estadística la facultad de viajar y recorrer los territorios bajo su jurisdicción.³ Condenados por ley a permanecer en las ciudades cabecera, su labor quedaba reducida a la mera redacción de instructivos que inútilmente trataban de contrarrestar los errores, omisiones y negligencias con que las figuras locales —gobernadores, subdelegados, párrocos, vecinos ilustres— malograban la recolección de los antecedentes contemplados en los padrones estadísticos. Atrapados en una cadena de impericias, recriminaciones y enmiendas, tanto el esfuerzo de los funcionarios provinciales como los recursos de la misma oficina terminaban diluidos en la inercia de un sistema que a duras penas sorteaba sus fracturas. La situación tendió a cambiar hacia el fin de la década, cuando los nudos administrativos impuestos por la transformación del orden capitalista y la necesidad de ajustar la maquinaria política del proyecto liberal hicieron que la reforma pareciera cada día más urgente. La autorización de desplazamiento fue cursada en 1871; un año después aparecía la descripción de la provincia de Valparaíso.

Fue así, con esa medida, que los funcionarios provinciales de estadística se integraron a las cuadrillas de burócratas ambulantes que desde temprano sondaban las fronteras prácticas del Estado chileno. ¿Quiénes fueron estos burócratas? Una definición en frío diría que fueron funcionarios totalmente subordinados al gobierno central, autorizados por ley para recorrer jurisdicciones específicas siguiendo planes e instrucciones ajustados a una lógica administrativa nacional. Tal definición ofrece el encuadre apropiado para analizar los puntos de intersección entre el trabajo del visitador de escuelas, el empleado de la Dirección General de Correos y el funcionario provincial de estadística, la troica de agentes más activa y visible de esa irregular fauna de burócratas itinerantes galvanizada por el Estado chileno en la segunda mitad del siglo XIX.⁴ Sin embargo, una aproximación de corte práctico, basada principalmente en lo que se puede colegir de la experiencia

³ Santiago Lindsay (1825-1876), director de la Oficina Central de Estadística durante 18 años (1858-1876), fue también diputado, senador electo y ministro plenipotenciario de Chile en Bolivia en 1872. Para más detalles biográficos, ver *El Ferrocarril* (1876), Santiago, 2, 3 y 5 de mayo y Figueroa (1931: 5w w5).

⁴ Para una aproximación al trabajo de los visitadores de escuelas en Chile, ver Egaña (2000: 221-242); para un interesante paralelo con el caso argentino, Teobaldo (2006). Respecto a la Dirección General de Correos, institución que aguarda una monografía específica en clave burocrática, Calderón (2007).

de esos funcionarios, ofrece un retrato distinto, uno que desestabiliza los supuestos asociados al mundo burocrático, pone en tensión la narrativa centralista del funcionamiento del Estado y revela en qué medida el viaje, junto con lubricar los resortes del aparato administrativo, dejó igualmente en evidencia las tensiones incubadas en las grietas que la configuración de ese mismo aparato generó.

El viaje, en tanto práctica y problema, se ha consolidado como tema ineludible en los relatos locales sobre la implantación de la modernidad en el siglo XIX. Tanto, que hoy se valida la existencia de una nueva galería de hombres célebres monopolizada por viajeros (artistas y científicos, mayoritariamente extranjeros) que habrían facilitado la superación de los “traumáticos” desencuentros entre tradición y modernidad, mediando de manera efectiva para la inserción de la otrora colonia periférica en la compleja geografía de repúblicas modernas. Elevados a la condición de genios culturales y encarnando virtudes aparentemente escasas en estas latitudes, sus historias personales se funden y confunden con el devenir de la nación, instalándose como punto de partida de varias de las ficciones moralizantes que hoy nos despidan. Pero más allá del tenor encomiástico de dichos retratos, no deja de ser cierto que la práctica del viaje contribuyó de forma efectiva a la consolidación política de un proyecto ideológico, como el liberal, que buscaba afirmar su dimensión territorial. Se entiende que aquí no estamos considerando las expediciones científicas financiadas por el Estado, las campañas políticas ni los viajes presidenciales del último cuarto del siglo XIX, temas que la historiografía chilena ha abordado con insistencia en la última década (Sagredo, 2001; 2004: 9-55; 2007: ix-lvii).

En rigor estamos hablando de aquellos empleados menores que gastaron sus días integrando comisiones itinerantes al servicio de una estructura burocrática que los puso en terreno, los convirtió en su instrumento y finalmente los invisibilizó.⁵ Sus textos e informes, considerados obras menores, simples reverberaciones de fórmulas gastadas, todavía cargan con la mala fama del documento oficial. Como aquí la autoría se da por sentada, es común que sus intervenciones terminen confundidas con el discurso de la autoridad o la idea abstracta de poder. Ese es el punto. Quien reconoce que tras cada documento oficial hay un autor, quien advierte que las fórmulas narrativas del sistema burocrático no siempre fueron eso, no puede eludir la pregunta por la identidad de los delegados que recorrieron el territorio recopilando datos, acumulando testimonios y redactando los informes que nutrirán la praxis y el discurso de la elite liberal de la segunda mitad del siglo XIX. El objetivo, entonces, es diseccionar los afanes administrativos del período liberal a través de las huellas dejadas por esos burócratas ambulantes que, amparados en la cimbreante legitimidad del poder central y hurgando en las trastiendas de lo cotidiano, recorrieron y narraron a su modo aquellos espacios donde el proyecto impuesto por la elite capitalina tendía a desdibujarse o desaparecer.⁶

⁵ Para una aproximación al proceso de invisibilización de este tipo de agentes en la producción de conocimiento dentro del proyecto imperial británico durante el siglo XIX, ver Raj (2007).

⁶ Esta lectura remite a la reflexión metodológica de la historiadora Kathryn Burns sobre la producción de documentos coloniales, particularmente su interpretación de los archivos notariales

Control y movimiento

El caso de los funcionarios provinciales de estadística resulta clave para entender las dimensiones políticas de la relación entre viaje y administración. Lo es porque la irrupción de estos agentes en la escena administrativa fue un síntoma silencioso de las profundas transformaciones que la modernización del país impuso al aparato burocrático republicano en su conjunto, especialmente a la forma en que el Estado liberal entendía los procesos de acopio de información de “interés público” y la transformación de esos datos en conocimiento de base para las medidas de gobierno. Los funcionarios provinciales de estadística vinieron así a sufragar la urgente necesidad gubernamental de medir y narrar el crecimiento de la población, la densificación de las ciudades, la expansión territorial, el incremento de la producción agrícola, el desarrollo de la industria, la modernización de los medios de transporte y comunicación, y el ensanche creciente de los vínculos comerciales. Echando mano a una metáfora burda, se diría que vinieron a actuar como terminales nerviosos de un organismo en trance. Su constitución como grupo, sin embargo, no estuvo exenta de dificultades y sucesivos acomodos administrativo

No es casualidad que la emergencia de estos funcionarios haya sido un fenómeno tardío en comparación con la historia de otros burócratas ambulantes, como el visitador de escuelas o el empleado de correos; tampoco el que la historia de esta vanguardia sea también la crónica de las pugnas políticas al interior de un aparato burocrático de montaje complejo. Cuando los tratadistas decimonónicos advertían que un sistema estadístico eficaz dependía, entre varios factores, de que la recolección de datos se “hiciera en pequeñas porciones de territorio” y por las autoridades que estuvieran en “más íntimo contacto” con la población, no hacían más que simplificar un desafío político colosal (Rojas Magallanes, 1907: 22). En el caso de Chile, solo después de repetidos ensayos se arribó a la conclusión de que para llevar a la práctica dicha máxima, la única opción era apostar por la movilidad de los cuadros administrativos.

De acuerdo a una de las versiones más conocidas de la historia de la estadística en Chile, Claudio Gay habría sido la primera figura en promover con insistencia el establecimiento de un régimen estadístico oficial que nutriera a las autoridades de información indispensable para una planificación política consistente. Las sugerencias para formar el departamento fueron presentadas a Manuel Montt en 1842, mientras este se desempeñaba como ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública del gobierno de Manuel Bulnes. La creación de la oficina en marzo del siguiente año vino a confirmar no solo la pertinencia de la propuesta, sino igualmente la impostergable necesidad de las autoridades por configurar un

como artefactos históricos cuya dimensión dialógica nos permitiría acceder a las esferas cotidianas de construcción, negociación e imposición de significados. Desde nuestra visión, este sería el punto de partida tanto para la definición de nuevas prácticas hermenéuticas como para la reinterpretación de la idea de lo “oficial” (Burns, 2005). Respecto a la posibilidad de leer cartas oficiales, reportes administrativos y crónicas políticas como expresiones de un género burocrático de matriz colonial (asunto al que nos referiremos al final del artículo), la referencia obligada es Rama (1984).

sistema de colección y conservación de datos que, empleados convenientemente, confirieran legitimidad empírica a los actos de gobierno (Mizón, 2001: 55-60).⁷ La expectación creada por la medida fue tal que el mismo Bulnes decidió dar una señal a las provincias, organizando una gira presidencial por todo el territorio. La primera etapa del viaje se realizaría en la primavera de 1843, comprendiendo los departamentos del sur de Santiago y las provincias de Colchagua, Talca, Maule, Concepción, Valdivia y Chiloé; el norte del país sería visitado en la primavera del año siguiente. Durante el viaje el presidente intentaría legitimar y naturalizar la práctica, dirigiendo en terreno los primeros trabajos de recolección estadística:

Mil circunstancias que no es fácil determinar hacen que el Gobierno reciba de una manera harto imperfecta las noticias que se le transmiten sobre las exigencias nacionales —se lamentaba Bulnes en el proyecto enviado al Congreso Nacional—, y en muchos casos se halla en la triste condición de no poder satisfacer las peticiones que se le dirigen de las provincias (...) si él mismo no se acerca a formarse una idea cabal de lo que ocurre en cada una de ellas, y a tomar datos exactos de sus necesidades, de sus recursos y aun de lo que puede esperarse de sus habitantes.

La sola noticia del viaje, la sola posibilidad del imaginar al gobierno en provincia, agregaba Bulnes, despertaría el celo de cada localidad y estimularía a sus autoridades a tomar las medidas necesarias para garantizar el éxito de esta “inspección suprema” a las provincias de la República.⁸ Confirmando la dimensión territorial de la práctica estadística, los argumentos esgrimidos por Bulnes prefiguraron gran parte de las funciones que décadas más tarde se impondría a los funcionarios provinciales del ramo.

Aun cuando varios testimonios refuerzan la idea de que los consejos de Claudio Gay fueron fundamentales para el establecimiento de un moderno régimen estadístico, sería impreciso validar ese hecho como único punto de partida. En rigor, los intentos por construir un sistema de información de esta naturaleza aparecen

⁷ La importancia de la estadística para el proyecto político en marcha fue reafirmada meses más tarde por Andrés Bello en el discurso inaugural de la Universidad de Chile, anunciando una alianza que, como veremos, recién madurará con la consolidación de la república liberal: “La Universidad examinará los resultados de la estadística chilena, contribuirá a formarla, y leerá en sus guarismos la expresión de nuestros intereses materiales. Porque en este, como en los otros ramos, el programa de la Universidad es enteramente chileno: si toma prestadas a la Europa las deducciones de la ciencia, es para aplicarlas a Chile. Todas las sendas en que se propone dirigir las investigaciones de sus miembros, el estudio de sus alumnos, convergen a un centro: la patria” (Bello, 1846). Para una aproximación al proceso de legitimación de la estadística como ciencia de interés social y político en Europa, Porter (1986). Para una reflexión sobre el papel del conocimiento científico, en general, y de la aritmética política, en particular, en la configuración de sistemas de poder estatal desde el siglo XVII en adelante, Carroll (2006).

⁸ *El Araucano* (1843), Santiago, 4 de agosto. Este proyecto de viaje, que jamás pudo materializarse, ha sido analizado por Rafael Sagredo como uno de los “antecedentes republicanos” de las giras políticas encabezadas por el parlamentario, ministro y presidente de la República José Manuel Balmaceda entre 1883 y 1891 (Sagredo, 2001: 171-174).

una y otra vez, tanto en los planes administrativos de la primera república como en los sucesivos gobiernos de la agitada década de 1820 (Mellafe, 1952: 18-21; Estefane, 2004: 38-42). Es precisamente en ese decenio donde se encuentran las pistas de un proyecto frecuentemente ignorado y que estuvo a cargo de una figura que también se pasa por alto: el militar francés Jean Joseph Dauxion-Lavaysse. Contratado por Bernardo O'Higgins para formar un museo de historia natural y confeccionar la cartografía y estadística nacionales, Dauxion-Lavaysse fue uno de esos tantos científicos extranjeros que trabajaron en Chile antes que Gay, pero cuyos aportes terminaron eclipsados por la contundencia de la obra de este último. Su experiencia en materias estadísticas y administrativas estaba confirmada por una detallada investigación realizada a fines de la década de 1810 en la costa noratlántica de Sudamérica y fue precisamente ese modelo el que intentó replicar en Chile (Dauxion-Lavaysse, 1820). Tal como dejan ver los informes que alcanzaron a ser publicados en el periódico de Santiago *La Década Araucana*, Dauxion-Lavaysse realizó sus pesquisas siguiendo lo que los especialistas denominaban el método de "recolección directa" de datos, que correspondía a la combinación de observaciones en terreno con información obtenida a través de cuestionarios particulares repartidos entre autoridades y vecinos. De esa manera, visitando cada jurisdicción y entrevistando a sus habitantes, Dauxion-Lavaysse obtuvo indicios de primera mano respecto al clima, historia local, actividades económicas, demarcación territorial, características demográficas y un sinnúmero de antecedentes aislados que le permitieron redactar los primeros bocetos de sus reportes.⁹

Los objetivos de la gira presidencial organizada por Bulnes, la metodología empleada por Dauxion-Lavaysse en su pionero ensayo estadístico y la organización de la primera oficina del ramo en marzo de 1843 confluirán en la aprobación de la ley de 3 de octubre de 1855, que creó la plaza de oficial provincial de estadística en la secretaría de cada intendencia.¹⁰ De acuerdo a la circular aclaratoria enviada por el Ministerio del Interior en febrero del año siguiente, la principal tarea de estos oficiales sería recolectar y remitir periódicamente la información estadística de sus respectivas unidades administrativas, debiendo por lo mismo instar a las autoridades de cada departamento, subdelegación y distrito a responder los cuestionarios enviados por la autoridad central. Dicha misión, sin embargo, estaba supeditada a una tarea previa, de mayor envergadura y que imponía suplir una de las más graves carencias del sistema burocrático: la elaboración de un registro acabado de los límites político-administrativos que organizaban el territorio.

El trabajo de demarcación estaba dividido en dos etapas. La primera consistía en fijar los límites de la provincia y con ese fin los oficiales debían emplear tanto los antecedentes disponibles en sus propios despachos como las referencias

⁹ Los reportes publicados en *La Década Araucana* corresponden a las jurisdicciones de Copiapó, Huasco y Coquimbo. Ver los ejemplares de 7 de octubre y 10 de noviembre de 1825 y 4 de febrero y 6 de marzo de 1826; también las ediciones *Suplemento al Núm. 15 de La Década Araucana*, 14 de enero, y *Suplemento al Núm. 18 de La Década Araucana*, 25 de febrero de 1826. Respecto a Dauxion-Lavaysse, ver Lemmo (1967).

¹⁰ *El Araucano* (1855), Santiago, 13 de octubre.

mediatas que podían conseguir de parte de los habitantes de cada región. Nadie podía contentarse con una designación de límites vaga, advertía la autoridad; todo lo contrario, cada linde debía ser determinado con el máximo rigor, ya fuese identificando “los objetos naturales que lo formaban o la dirección precisa de las líneas imaginarias que lo constituían”. El mismo procedimiento debía ser aplicado para definir las fronteras departamentales, la segunda unidad administrativa en importancia; en el caso de las dos unidades menores, subdelegaciones y distritos, solo se instruía la recopilación de referencias generales, ya que el deslinde definitivo sería realizado con posterioridad. La especial preocupación por los límites provinciales y departamentales tenía directa relación con la segunda etapa de la operación: la demarcación de las parroquias. Al menos hasta 1884, cuando fueron reemplazadas por las circunscripciones civiles, las parroquias constituyeron la unidad territorial básica para el acopio y sistematización de los registros demográficos (o de “movimiento de población”, según la terminología decimonónica). Debido a la importancia de este ítem para la configuración de un sistema estadístico efectivo, las autoridades consideraron de suma relevancia determinar con precisión los frecuentes traslapes entre las divisiones civiles y eclesiásticas, sobre todo atendiendo a que las parroquias no solo abrazaban territorios que podían corresponder a dos o más departamentos, sino también a dominios de provincias diversas. De esta forma –contando con el apoyo de los párrocos y otras dignidades eclesiásticas–, las autoridades civiles pretendían identificar los puentes que explicaban las fugas o duplicaciones demográficas entre distintas unidades administrativas.¹¹

Aun cuando estas reformas parecían solucionar gran parte de los obstáculos que hasta ese momento habían impedido el normal desarrollo del trabajo estadístico, muchos de ellos detectados tras la revisión de los resultados del censo nacional de población de 1854, pronto quedó en evidencia la principal limitación de la ley: ningún oficial estaba autorizado para abandonar la ciudad cabecera de su jurisdicción, ni siquiera con motivo de las tareas contempladas en la nueva norma. Curiosamente, nadie pareció haber considerado las dificultades de acceso a los circuitos de información involucrados en el trabajo estadístico, la dimensión territorial de las labores de acopio de datos y la impracticabilidad de concentrar tales funciones en agentes sin autoridad para comprobar en terreno la fidelidad de los cuadros e informes que constituían la base su gestión. No es difícil imaginar la situación a la que fueron expuestos estos funcionarios cuando se revisa parte de la nómina de materias que interesaban a la Oficina Central de Estadística y sobre las que ellos debían informar:

¹¹ La circular igualmente ordenaba la configuración de un catastro detallado de los elementos que hacían posible el “movimiento o servicio administrativo, en los diversos ramos, en el territorio de la provincia”, entre los que se contemplaba la nómina de funcionarios ligados al aparato público y al servicio religioso; una descripción de sus respectivas dependencias, incluyendo la historia y características del edificio o propiedad en que operaban, el inventario de los útiles y muebles que cada establecimiento necesitaba para cumplir sus tareas, como asimismo mapas y planos de los templos y establecimientos públicos; en definitiva, se trataba de recopilar todos los datos que pudieran servir de base a los “trabajos ulteriores de la oficina de estadística”. *El Araucano* (1856), Santiago, 19 de febrero.

aspecto físico de la república, su situación, extensión, división, confines, clima, calidad del terreno, productos, montañas, bosques, puertos y ríos; sobre la moralidad, usos, costumbres, instrucción primaria y científica que haya en cada pueblo y todo lo demás que conduzca a manifestar el grado de civilización y cultura de los habitantes; sobre el número de éstos, con distinción de sexos, estado, edades y ocupaciones; sobre el movimiento de la población, número, procedencia y clase de industria a que estén dedicados los extranjeros que se encuentran en el país; sobre los efectos de las leyes en orden al progreso moral y social de los pueblos, y cuanto conduzca a formar una idea cabal de cada uno de los ramos de la administración pública en el interior y también de las relaciones del Estado con la Iglesia y con los gobiernos de otros países; sobre el pie en que se hallan la agricultura, la minería, la industria, mecánica y fabril, el comercio, las vías de comunicación, y lo demás que tienda a dar a conocer la riqueza pública; sobre el número, objeto y estado de los establecimientos industriales, de educación, de beneficencia y cualesquiera otros; sobre los acontecimientos notables de cualquier especie ocurridos en Chile desde 1810.¹²

En suma, la traducción perfecta tanto de la ideología del progreso como del temor a lo aislado, a lo que eventualmente podía quedar fuera de observación y dominio.

Adiestrar los sentidos

Esa fue la trampa legal que Santiago Lindsay se propuso desmontar cuando llegó a la dirección de la Oficina Central de Estadística en 1858. Una de las primeras intervenciones al respecto aparece en el detallado informe con que presentó a las autoridades los resultados del censo nacional de población de 1854, publicados cuatro años después de realizada la operación. Su estrategia fue simple: convertir a los secretarios provinciales en agentes imprescindibles de un sofisticado proyecto de reorganización que buscaba superar las falencias administrativas y procedimentales que su mismo informe dejaba en evidencia. Reproduciendo el supuesto de que los censos de población constituían fenómenos de tal grado de complejidad que su preparación terminaría llevando al límite la estructura del sistema burocrático, Lindsay creó el marco preciso para instalar el diagnóstico central de su reforma: la cooperación de los oficiales provinciales debía ir más allá del simple despacho de datos e informes desde cada intendencia.

Uno de los grandes problemas detectados con ocasión del censo era que las estadísticas del país seguían dependiendo de un “número crecido de individuos” que no estaban preparados para contribuir de manera eficaz a sus procedimientos; de hecho, varios de los improvisados agentes que colaboraban con los trabajos de

¹² “Ley de 27 de marzo de 1843 que establece en Santiago la Oficina de Estadística”, en *El Araucano* (1843), Santiago, 31 de marzo. Para una versión modificada de la nómina de acuerdo a la ley de 17 de septiembre de 1847, que vino a reorganizar el servicio, Rojas Magallanes (1907: 6).

la oficina —párrocos, vecinos ilustres, subdelegados e incluso gobernadores— ni siquiera conocían los nombres de las operaciones estadísticas para las cuales eran convocados. Según Lindsay, revertir esa situación exigía que los secretarios provinciales fueran autorizados a desplazarse por el territorio, desarrollando un sinnúmero de tareas pedagógicas orientadas a educar la mirada y domesticar los sentidos de todos estos intermediarios, mostrando con ejemplos concretos la forma en que debían clasificarse los datos que la autoridad necesitaba ver plasmados en los padrones. En definitiva, lo que estos funcionarios debían implantar era un método específico para ordenar la percepción. Dicho método, desde luego funcional a los intereses del Estado, debía reproducir el lenguaje y las categorías perceptivas del burócrata moderno. Así, preparando convenientemente el futuro trabajo de las autoridades intermedias, el gobierno multiplicaría las posibilidades de extraer información útil, ordenarla y procesarla de acuerdo a sus necesidades.¹³

Tras esta primera intervención los argumentos de Lindsay tendieron a radicalizarse. La negativa del gobierno a aprobar su reforma fue desde luego la razón inmediata, pero no la única. En 1860, la Oficina Central de Estadística había comenzado a editar —también por iniciativa del nuevo director— una publicación que a poco andar se alzó como una de las más relevantes de las financiadas por el Estado: el *Anuario Estadístico de la República de Chile*. Presentado inicialmente como un simple bosquejo, un compendio laxo de información útil respecto a aquellos “ramos que directamente [inflúan] en la vida de la nación”, en cuestión de años ya operaba como cuaderno de bitácora del acelerado proceso de modernización que la elite liberal reclamaba como fruto exclusivo de sus aciertos.¹⁴ Ese fue el punto de partida de la sistemática instrumentalización política de la estadística en Chile, consumada mediante el oportuno maridaje entre los objetivos de sus investigaciones y los intereses del orden liberal.

El *Anuario Estadístico* fue para Lindsay la razón y asimismo el principal instrumento de sus demandas: la inmovilidad de los funcionarios en provincia ya no solo trababa la misión central de la oficina, sino que igualmente ponía en riesgo la calidad de una publicación de altas pretensiones científicas y con objetivos que sobrepasaban los reductos de la disciplina. Con leves variaciones, ese fue el argumento central de los reclamos que Lindsay incorporó sin falta a las introducciones

¹³ Las instrucciones de Lindsay para la organización de un futuro censo son elocuentes: “Los oficiales estarán en la obligación de recorrer la provincia y preparar personalmente en cada subdelegación y en cada distrito, si es posible, los trabajos de la operación. En cada una de estas divisiones formaría comisiones de entre los vecinos más celosos y conocedores de la localidad, les daría a conocer el objeto propuesto, comunicándoles explicaciones detalladas y precisas acerca de cada uno de los puntos de las instrucciones y de las materias que hubiera de exigir la anotación. Con el modelo de padrón a la vista, practicaría él y haría practicar a los demás en un barrio, por ejemplo, lo que después la comisión debe ejecutar en grande, esto es, en los distritos y subdelegaciones a que pertenecieren los comisionados”. Oficina Central de Estadística (1858: 9). Para un brillante estudio sobre las categorías que enmarcaron las formas de percepción impuestas por la burguesía europea del siglo XIX, que también condicionaron la creación de conocimiento estadístico en espacios periféricos, como Chile, ver Lowe (1982: 1-82).

¹⁴ La cita, en Oficina Central de Estadística (1860: iii). Para una aproximación detallada al proceso de producción del *Anuario Estadístico* durante la dirección de Santiago Lindsay, ver Estefane (2012: ix-lxi).

a los 10 primeros números del anuario aparecidos entre 1860 y 1870. Hubo ocasiones, por supuesto, en que las intervenciones alcanzaron puntos críticos, dejando al desnudo los niveles de tensión entre los intereses de una repartición menor que presionaba por la racionalización y el conservadurismo burocrático del poder central. Así sucedió en 1867, por ejemplo, cuando Lindsay responsabilizó directamente a la ley de 3 de octubre de 1855 por condenar a los funcionarios provinciales a la mera emisión de circulares e instrucciones desde las ciudades capitales:

reducidas a esto sus facultades, su acción no ha podido pasar de aquí, y han tenido que limitarse a la esterilidad de sus esfuerzos, recibiendo a veces reconvencciones de la oficina principal por la demora en la remisión como por la imperfección de los datos. Pero estos empleados, señor Ministro, y creo un deber mío declararlo, aun en el estrecho círculo en que pueden obrar, prestan y han prestado siempre importantes servicios; sin su cooperación la oficina central sería imposible y pocos o ningún trabajo podría llevar a cabo. La creación de esos oficiales nació de una necesidad sentida desde muy atrás. Lo que de antemano he pedido al Supremo Gobierno y lo que hoy vuelvo a solicitar de U.S. es que complete lo que esa ley dejó inconcluso, esto es, se faculte a esos empleados para que puedan trasladarse a los puntos de la provincia en que sea necesaria su acción, se les dé una organización semejante a la que tienen los visitadores de escuela, y que, durante el tiempo de su separación del punto en que residen, se les abone un corto sobresueldo o pago de viático. Esta idea impone, es verdad, un gravamen al erario, pero se compensa con los servicios que esos empleados prestarán a la estadística y a los demás ramos de la administración, pues a ambos objetos podrían atender fácilmente (Oficina Central de Estadística, 1867: vii-viii).

Al convertir las páginas del *Anuario Estadístico* en espacios de discusión pública de las tensiones impuestas por la racionalización del aparato burocrático, Lindsay estaba poniendo en perspectiva la innegable influencia política que su oficina había comenzado a ejercer en la construcción misma del Estado liberal. En primer lugar, tanto el texto como la legitimidad científica de la disciplina habían contribuido a la rápida consolidación de la imagen del Estado como único agente de modernización. La reproducción constante del ideológico contrapunto entre tradición y modernidad, y la paulatina consolidación del monopolio del gobierno sobre la producción del conocimiento estadístico, fueron factores críticos en esa operación: a fin de cuentas era el Estado el que definía “científicamente” el grado de atraso del país —traducido a categorías como analfabetismo, insalubridad o criminalidad— y era ese mismo Estado el que reclamaba el control total sobre los instrumentos políticos y materiales que permitirían superar esos obstáculos y consumir la agenda del progreso¹⁵.

¹⁵ Para una interesante reflexión —desde la experiencia argentina— en torno al monopolio intelectual y técnico del Estado en la producción de conocimiento estadístico, ver Otero (2006: 19-23).

De ese modo, la habilidad del aparato burocrático para inquirir, medir y diagnosticar se fue refinando gracias a una disciplina que ofrecía las preguntas exactas, el vocabulario preciso y los argumentos claves para calibrar, exhibir y reproducir su dominio. Valiéndose de la intersección perfecta entre instrumento científico y necesidad política, la elite liberal chilena no dejó pasar la oportunidad de emplear los contenidos del anuario como pruebas irrefutables de la efectividad y viabilidad de su proyecto nacional. Las optimistas conclusiones formuladas por las autoridades sobre la base de los datos compilados en cada reporte figuraron como motivos recurrentes en la complaciente narrativa que acompañó la difusión pública de información estadística desde la década de 1860 en adelante. Asimismo, la consolidación de esta ciencia fue un factor clave para el proceso de inserción del país en el concierto de repúblicas modernas. Junto al comercio, la diplomacia formal e incluso las ferias mundiales, los reportes estadísticos ofrecieron una matriz y un lenguaje universal para la creación de retratos nacionales que, puestos en circulación, aspiraban a remontar la marginalidad geográfica, reducir las brechas culturales o contestar al desprecio político de las repúblicas de viejo orden (Lomnitz, 2001: 130).

Definiendo los límites y características del país en tanto grupo humano, entidad territorial y espacio económico, convirtiéndolo en definitiva en una “comunidad visible”, la mirada estadística se propuso ubicar a Chile en el “horizonte civilizado” de naciones.¹⁶ El instrumento rindió notorios frutos en manos de la elite local. La posibilidad de realizar estudios comparativos con otros países, por ejemplo, amplió las posibilidades de reforzar —esta vez científicamente— el discurso de excepcionalidad que autoridades e intelectuales venían construyendo desde la década de 1840¹⁷. En breve, Lindsay estaba supeditando el futuro del anuario, de la estadística y, en cierta medida, la legitimidad misma del programa liberal a su propio proyecto de reorganización administrativa. La estrategia tuvo sus primeros efectos hacia 1870, cuando el gobierno central finalmente autorizó una serie de visitas extraordinarias a las oficinas provinciales, con el fin de determinar el real estado de los trabajos estadísticos y prefigurar los detalles de una eventual reforma a la ley de 1855. Fue así como el primer visitador de la Oficina Central de Estadística, Tulio Rengifo, partió rumbo a Llanquihue en el vapor de 14 de febrero de 1870 (Oficina Central de Estadística, 1870: xii-xiii).

Casi cuatro meses demoró el oficial Rengifo en visitar cada una de las oficinas provinciales ubicadas entre Chiloé y Colchagua. También casi cuatro meses le

¹⁶ En la formulación del vínculo entre conocimiento estadístico y “visibilidad”, la referencia lógica es Scott (1998); también Leibler (2004: 124-125).

¹⁷ En 1870, por ejemplo, la Oficina Central de Estadística publicó un estudio comparativo entre 34 naciones americanas y europeas en relación a demografía, comercio internacional, rentas, deuda pública y ferrocarriles. En casi todas las categorías, Chile terminó ocupando “posiciones de liderazgo”, sobrepasando a naciones como México, Perú, Brasil, Estados Unidos, Noruega y Rusia, y en algunos casos a Francia, Italia, Grecia y España. Lindsay incluso se lamentaba de que no existieran registros estadísticos confiables respecto a otras naciones sudamericanas, pues tales comparaciones, creía, confirmarían la superioridad de Chile en el continente. Ver Oficina Central de Estadística (1870: 175-181).

llevó inspeccionar las reparticiones del norte del país, tarea que cumplió tras una breve estadía en Santiago. Durante esta intensa comisión, Rengifo evaluó acuciosamente los procedimientos de recolección aplicados hasta entonces, estudió las razones que explicaban la tardanza en la remisión de datos, identificó los métodos apropiados para mejorar el sistema (atendiendo a las particularidades geográficas y administrativas de cada región) y hasta ordenó la reorganización de los archivos locales de acuerdo a los decretos y circulares emitidos por la oficina central. Fue un viaje de intensa pedagogía estadística que supuso recomendaciones verbales, ensayos de algunas prácticas de acopio y la redacción de un detallado instructivo que quedó como texto de cabecera en las oficinas de estadística a lo largo del país.

Como era de esperar, sus informes a la dirección no hicieron más que reforzar empíricamente lo que Lindsay venía advirtiendo desde 1858: aun cuando existían oficinas donde el orden y la rigurosidad de los trabajos estadísticos impactaban, como en Concepción y Valparaíso, en la mayoría (Maule y Atacama eran los casos críticos) la desorganización era la norma. La falta de uniformidad en los procedimientos y períodos de recolección, la ausencia de informes de respaldo de los datos previamente enviados, la no verificación de la información compilada directamente o remitida por autoridades menores, cuando no la indolencia y mala voluntad de los mismos funcionarios provinciales, constituían el cerco de impracticabilidad que la razón estadística no podía franquear. A eso aludía Lindsay en 1871 cuando, respaldado por estos mismos informes, advertía a Belisario Prats, entonces ministro del Interior, que “sin algunas reformas en el sistema actual, o más bien, sin el establecimiento de un sistema, pues no merece tal nombre lo que existe, los trabajos de estadística se mantendrían embrionarios y siempre incompletos” (Oficina Central de Estadística, 1871: xii).

El viaje de Rengifo vino asimismo a despejar varias dudas respecto a los requerimientos que impondría la movilidad de los funcionarios estadísticos. Según sus impresiones, el fisco debía entregar no más de doscientos pesos anuales a modo de gratificación a cada uno de los oficiales en provincia, quienes así no tendrían excusas para no realizar al menos una visita general al año a sus respectivas jurisdicciones y cumplir las visitas parciales que eventualmente encargara la oficina central o la intendencia correspondiente. Dicho viático no solo estimularía el celo de funcionarios que hacia la fecha no habían recibido retribución alguna por sus servicios, sino que igualmente justificaría la demanda, por parte de la autoridad, de información detallada y precisa respecto a todas las materias contempladas en el trabajo estadístico, en particular de aquellas que más interés despertaban en el gobierno al despuntar la década de 1870: producción agrícola, minera e industrial y sistema de vías públicas y transportes. En cualquier caso (la fórmula nunca dejó de repetirse), el desplazamiento del funcionario era un requisito esencial para el cumplimiento de este plan de investigación (Rengifo, 1871: xii-xix; 1872: xx-xxiii). Como ya está dicho, tanto los nudos administrativos impuestos por la transformación del orden capitalista como la necesidad de modernizar el aparato burocrático del gobierno liberal terminaron inclinando la balanza a favor de la reforma de Lindsay. En los meses de abril, mayo y octubre

de 1871 fueron promulgados los primeros decretos que autorizaron a los funcionarios provinciales de Valparaíso, Aconcagua, Ñuble, Valdivia y Concepción para constituirse en visita. Al año siguiente la medida ya se había hecho extensiva al resto de las provincias.

Estadística conjetural

Los efectos de la reforma no se hicieron sentir con la celeridad pronosticada. Ya en septiembre de 1873, Santiago Lindsay se quejaba de que solo los funcionarios de Valparaíso y Concepción habían hecho llegar los reportes estadísticos encargados por la oficina; de las ocho provincias restantes no se tenían noticias (Oficina Central de Estadística, 1873: xiii). Parte del retraso tenía que ver con la propia inercia del aparato burocrático (difícil de revertir mediante un simple decreto), pero sobre todo con el incierto estatus legal en que permanecieron los funcionarios provinciales. Aun cuando seguían dependiendo de las instrucciones y procedimientos definidos por la oficina central para acometer sus tareas, en la práctica eran totalmente autónomos para darles o no cumplimiento; más todavía, la oficina carecía de instrumentos formales para forzar la realización de las visitas y tampoco existía la posibilidad de lograr dicho objetivo por medio de los intendentes, quienes además solían recargar a estos oficiales con tareas no contempladas en la ley de 1855. La falta de mecanismos de control directo parecía estar neutralizando el potencial dinamizador de la reforma y poniendo de relieve los desajustes administrativos que la histórica inmovilidad había encubierto.

Sin embargo, la situación tendió a mejorar durante el transcurso de la década. Hacia 1875 ya se habían recibido reportes de casi todas las provincias e incluso las mejor organizadas habían comenzado a remitir informes de actualización. A pesar de las dudas iniciales, la oficina central afianzaba su control sobre las fases de producción de conocimiento estadístico, reduciendo por una parte las tasas de errores y omisiones generados en los niveles intermedios y mejorando, por otro, la calidad de la información obtenida en los espacios básicos de organización territorial. Si bien todavía era posible detectar disparidades en la solidez de los reportes, debidas principalmente a la falta de prolijidad de los agentes menos comprometidos, a nivel general los resultados parecían satisfactorios (Oficina Central de Estadística, 1875: viii).

Una de las consecuencias más interesantes de este intento por optimizar los procedimientos de acopio dice relación con la manera en que vino a reordenar los vínculos entre burocracia, autoridades locales y población. La permanente movilidad de los funcionarios estadísticos no solo vigorizó la dimensión espacial y relacional del proceso de producción de conocimiento estadístico, sino que además generó espacios de transacción política que dieron origen, a su vez, a nuevas dinámicas de vinculación social. ¿Cómo entender estos nuevos espacios? La idea de “transacciones interpersonales”, acuñada por el sociólogo Charles Tilly, ofrece elementos para ensayar algunas explicaciones. Siguiendo a Tilly, diríamos que

los contactos que hicieron posible la recolección de información estadística no formaban parte de una relación propiamente tal, sino más bien de meras transacciones entre dos sitios. Eso es lo único que vemos: transacciones. Es solo a partir de una serie continua de transacciones que se infiere la existencia de una relación específica, ya sea de rivalidad, amistad, alianza u otro tipo; acumulativamente, son esas transacciones las que terminan creando memorias comunes, posibilidades de comprensión, rutinas compartidas y, por supuesto, las que alteran el perfil inicial de los sitios involucrados (Tilly, 2005: 7). Son precisamente las dinámicas de las transacciones interpersonales que sostuvieron el trabajo estadístico las que ilustran la emergencia de esos inéditos espacios de negociación política.

Los funcionarios provinciales de estadística aparecen como los agentes más visibles en esta red de transacciones interpersonales. Si bien a primera vista podrían ser retratados como simples intermediarios que traducen instrucciones desde arriba y codifican la información que circula en reversa, una lectura detenida de sus prácticas y del contenido de sus informes sugiere que su influencia en la producción de este tipo de conocimiento siguió lógicas que no siempre calzaron con los patrones definidos desde el Estado. Siendo los intermediarios directos en los encuentros entre las autoridades centrales y locales y casi el único y más inmediato representante de la oficina central frente a la población, tuvieron la posibilidad de manipular con relativa autonomía los niveles de interacción entre los diferentes tipos de discursos, conocimientos e intereses que asistieron a la configuración del saber estadístico.

La descripción estadística del Departamento de Melipilla presentada a la Exposición Internacional de Chile en 1875 ilustra con suficiencia cómo estos burócratas hicieron de la itinerancia y de su posición intermedia los soportes permanentes de una narrativa que dialogó de manera autónoma con la disciplina estadística, convirtiéndose así en editores improvisados que, bajo el amparo de la ciencia, terminaron creando los códigos necesarios para anudar referencias de los más diversos órdenes: producción científica local, encuestas de última hora, conocimiento indígena, discusiones parlamentarias, ensayos etnográficos, informes de prensa, rumores, reflexiones políticas, testimonios orales, legislación, entre otras (S. A., 1875). Resaltan en este texto las citas a autores de crédito, como Jean-Gustave Courcelle-Seneuil, el Conde de Gasparín, Claudio Gay y Francisco Solano Astaburuaga; las referencias a la producción cartográfica de Amadeo Pissis y los favorables comentarios a las investigaciones científicas de algunos vecinos ilustres, como Luis Pomar, conocido en la provincia por sus estudios geográficos, atmosféricos y un certero reporte sobre las condiciones de anclaje de la bahía de San Antonio¹⁸. También se transcriben piezas históricas significativas, como el acta de fundación de Melipilla por José Manso de Velasco, y los informes de la escribanía local relativos al patrimonio jesuita antes de la expulsión. Lo mismo sucede con la bitácora de la subdelegación marítima del puerto de San Antonio y va-

¹⁸ Entre los trabajos citados, estaban Courcelle-Seneuil (1858); Conde de Gasparín (1846); Gay (1862-1865); Astaburuaga (1862); y Pissis (1875).

rios textos de prensa, como el “Resumen de la matrícula jeneral del Obispado de Santiago”, publicado en las páginas de *La República*, o las notas oficiales recogidas en *El Progreso*; por último, y un poco a la fuerza, algunos cuadros de movimiento de población insertos con anterioridad en los reportes de la Oficina Central de Estadística —citados no sin distancia tras haberse identificado algunos errores en los cálculos demográficos (S. A., 1875: 83).

Fueron esas mismas prácticas las que hicieron posible la redacción de aquel texto que por décadas fue considerado el mejor reporte estadístico producido tras la reforma de 1871: la descripción de la provincia de Valparaíso. Lo interesante de este caso es que el autor, el oficial Salustio Peña, estuvo lejos de coincidir con el perfil del funcionario modelo que la oficina central intentó promover o con la imagen del estadístico omnisciente que la misma difusión del texto pretendió validar. Su evidente dependencia respecto a los canales de información de la comarca sitúa la respuesta en otros dominios: tal dependencia no fue tan solo reflejo de la conocida complejidad de los trabajos estadísticos, sino también un claro síntoma del divorcio radical entre el burócrata y su jurisdicción y, en distinto grado, de las nuevas formas de relación con el territorio que la reforma de 1871 puso en régimen. Así resumió el asunto el propio Peña en la introducción a su comentado reporte:

Se me pedía una descripción tan vasta de la provincia, que era del todo punto imposible darla, pues que, sin reunir los conocimientos necesarios, ni disponer de los medios precisos para el objeto, nada podía hacer para llevarla a cabo en aquellos puntos que se referían, principalmente, a la parte geográfica y geológica. Solo un medio he encontrado para salvar en parte estas dificultades, el que consistía en formar una guía general de los fundos rústicos que posee la provincia, sujetándome a los datos que suministraran los mismos propietarios o poseedores de ellos. De esta suerte he creído acercarme un tanto al contenido de esas instrucciones. Este parecer lo puse en conocimiento de la Oficina y me cupo la satisfacción de recibir su aprobación. Por otra parte, el punto principal, para lo cual he emprendido esta visita, ha sido el estudiar y conocerla en todos sus ramos; para penetrarme de la manera como se recogen los datos que se piden y formarme conciencia de todos aquellos que se remitan; porque, corriendo a mi cargo este ramo en la provincia y no saliendo de la capital, nada materialmente podía hacer, por el ningún conocimiento que tenía, para salvar los errores y las faltas de que muy a menudo adolecen los datos que se mandan de los departamentos. Así ha sido en efecto; mi primer cuidado ha consistido en posesionarme del territorio que abraza mis atribuciones; y en seguida llenar mi cometido, para lo cual he apelado a todos los recursos de que he podido disponer, lo que ha hecho que me haya acercado un tanto más de lo que me figuraba a las instrucciones de que he hecho referencia (Peña, 1872: 273).

El testimonio de Salustio Peña deja en evidencia la extensión de la brecha que separaba las pretensiones administrativas de la elite liberal y las fronteras prácticas de su órgano político. En tanto funcionario, Peña no solo ignoraba las

características geográficas y geológicas del territorio bajo su jurisdicción, sino también los procedimientos y transacciones que hasta ese momento habían hecho posible el trabajo estadístico. Enfrentado por vez primera a los confines de su dominio, sus palabras anuncian la desorientación del visitante que se interna a una geografía desconocida; peor aún, un visitante que ni siquiera posee las herramientas esenciales para domesticar ese espacio. Pero está claro que Peña es solo un síntoma de una fractura mayor; su ignorancia es la ignorancia del Estado al cual representa; su desorientación es la desorientación del sistema burocrático para el cual trabaja. A fin de cuentas su testimonio no es más que la traducción empírica de los desafíos conceptuales y materiales experimentados por un Estado que buscaba modernizar los cuerpos administrativos vinculados al tráfico de información. No menos interesante es la estrategia adoptada por el burócrata para superar las brechas técnicas e intelectuales que amenazaban el éxito de su comisión. En vez de imponer una lógica eminentemente administrativa y tomar posesión del territorio en los términos definidos por la institución a la que servía, Peña optó por instalar una conceptualización del espacio distinta, validando la geografía de la propiedad individual como nuevo criterio descriptivo. Sintomáticamente, el derecho de propiedad y la voz de los terratenientes se convirtieron en oportunos sustitutos del conocimiento científico y la racionalidad administrativa.

Este último punto, la participación de los terratenientes como fuentes de información, impone considerar otro de los usos característicos de los nuevos espacios de transacción política: la participación de figuras locales en la construcción del conocimiento estadístico. Aun cuando estas tareas burocráticas fueron siempre definidas, comprendidas e implementadas como asuntos de Estado, es innegable que ninguna de estas comisiones hubiera tenido éxito —por relativo que este fuese— sin el apoyo de aquellas figuras influyentes en los espacios básicos de organización social. En efecto, una aproximación detenida a las dinámicas del trabajo de campo en el plano estadístico confirma, al menos para el siglo XIX, la estrecha dependencia entre actores locales y procedimientos de colección de información de gobierno. Operando como segundo filtro entre el aparato burocrático y la población, estas figuras también definieron la consistencia de los circuitos informativos activados con la movilidad de los funcionarios provinciales. Innecesario decirlo, el impacto de dicha influencia dependió siempre de la posición relativa de cada uno de estos agentes en la geografía de producción de conocimiento: actuaron como facilitadores o limitantes, dependiendo tanto de ese lugar como de su posición e intereses en la estructura social. Por supuesto, aquí no caben únicamente los intereses del terrateniente, sino también los del médico local, del editor del periódico, del maestro de escuela, del cura párroco y de los vecinos prominentes en cada pueblo o villa.

Así, por ejemplo, Salustio Peña se ahorró varias entrevistas y horas de investigación respecto al clima y la salubridad del Departamento de Valparaíso gracias al detallado reporte presentado por el médico de la ciudad, a quien en ningún momento identifica. Citando a Montesquieu, Hipócrates y Galeno, reproduciendo las reflexiones sobre climatología de Humboldt y Arago, y valiéndose de las observacio-

nes termométricas realizadas por los funcionarios del faro de Valparaíso, el facultativo generó un texto de tal solidez que se coló íntegro en la edición final del *Anuario Estadístico* (Oficina Central de Estadística, 1872: 282-287). Menos afortunado fue Javier Gutiérrez, oficial de la provincia de Llanquihue que llevó adelante su visita entre enero y abril de 1873: el traslado reciente del médico de Llanquihue a la capital de Chiloé le había impedido conseguir de manera oportuna los datos necesarios para redactar dicho capítulo. Resuelto a compensar el vacío, decidió alargar su estadía y componer un informe original, combinando sus propias observaciones y los testimonios de algunos vecinos. Gracias a esas indagaciones pudo informar a las autoridades de Santiago que en el departamento casi no se conocían las enfermedades endémicas o epidémicas, y que aun cuando habían existido casos de alfombrilla y viruela, sus manifestaciones habían sido tan ligeras que era casi imposible detectar alguna huella. En el caso de las patologías endémicas tampoco existían noticias preocupantes: a pesar de la humedad, eran muy raros los casos de reumatismo, pero no así los de gota, que presentaban índices más altos. Menos preciso fue su brevísimo informe sobre el Departamento de Carelmapu: “El clima es frío y lluvioso, pero constantemente benigno, pues no se conocen enfermedades endémicas y generalmente se dice que la única existente es la vejez” (Gutiérrez, 1874: 239 y 247). Tal optimismo no era sino muestra de su peculiar fascinación con el territorio de Llanquihue, que incluso lo llevaría a pasar por alto las escasas formalidades del género estadístico. En otro pasaje apuntó: “Pero la descripción del aspecto físico de este departamento debe dejarse al visitante que tiene la felicidad de recorrerlo a favor del buen tiempo. Entonces es cuando los hijos del país o los que cuentan con algunos años de residencia se admiran de oír elogiar la vegetación continua, la constante verdura, la variedad de los colores de las cordilleras cubiertas desde la base por una gigantesca verdura que parece salir del mar para confundirse en las nieves perpetuas, que a su vez pretenden escalar el cielo más hermoso tal vez de la tierra” (Oficina Central de Estadística, 1874a: 238).

Grietas y traslapes (a modo de epílogo)

Enfrentar la pregunta sobre los cruces entre viaje y administración en los tiempos de predominio liberal supone, en primer lugar, tomar distancia respecto a la asumida subordinación de los funcionarios estadísticos. Aun cuando sería imposible negar la inferioridad relativa de estos agentes, tanto en la estructura burocrática del Estado como en las dinámicas de distribución del poder oficial, una aproximación detenida al campo de lo cotidiano sugiere que dicha estructura reposó en una serie de ángulos muertos que terminaron creando espacios liminales, relativamente ajenos al dominio central. Si bien la delegación de poder político desde la cúspide a los funcionarios provinciales dispuso las condiciones legales para la articulación de lealtades ascendentes, el mismo acto contribuyó a la consolidación de esferas de control alternativas en los espacios básicos de organización, como el distrito, la parroquia y otros reductos menores donde la soberanía y los intereses de la capital quedaron a la deriva. La posibilidad de alterar los circuitos

de tráfico de información, las ventajas asociadas al desplazamiento continuo, el trato directo con las autoridades locales –formales e informales– y la amplitud temática del campo de investigación en juego, convirtieron al funcionario estadístico en un actor complejo, ambivalente, que estuvo lejos de operar como simple tentáculo del Leviatán. Habitados a transitar por estructuras diversas, tempranamente comprendieron que las asimetrías de poder en un espacio podían funcionar como fuente de legitimidad en otros. Cuando eso estuvo claro, el acto de traducir las instrucciones recibidas desde el centro y codificar la información que circulaba a la inversa se convirtió en algo más que mera intermediación.¹⁹

Fue precisamente en esas esferas donde los burócratas ambulantes impusieron lógicas que no siempre calzaron con las del poder central: he aquí un segundo aspecto de la relación. ¿Qué tipo de conflicto se esconde tras el aparente divorcio en el seno de la estructura burocrática? Cualquiera sea la respuesta, esta debería partir haciéndose cargo del retrato romántico (innegablemente político) del funcionario estadístico itinerante. Habría que pensar en esos hombres –sí, siempre hombres– cabalgando bajo el sol inmisericorde del valle central, envueltos en nubes de polvo formadas al ritmo del galope, nubes que decantan en las alforjas gastadas donde el viajero acumula de todo: formularios repletos de una caligrafía endemoniada, restos de frutos secos, un par de informes sobre salubridad redactados por el médico del último pueblo, una petaca a medio llenar, padrones todavía en blanco y un par de referencias geográficas obtenidas de boca de un vecino; hombres montados en botes viejos que recorren casi de memoria los canales y riachuelos del extremo sur, expuestos a lluvias rutinarias que amenazan con invadir estuches de tabaco y cuadernos de notas personales que responden a los primeros balbuceos del etnógrafo moderno; hombres cargados de instrucciones, sin muchos recursos, que andan y desandan las rutas trazadas en un plano que parece ser un mapa, pero que de poco sirve para llegar a la próxima mina. En fin, hombres que recorren hasta el último rincón del territorio nacional cumpliendo las órdenes del Estado al cual sirven, acumulando datos sueltos, pidiendo informes y compulsando testimonios para beneficio del poder que los cobija y al que representan; hombres que instalan la lógica moderna en territorios fronterizos, donde los usos de la ciudad letrada se desvanecen o recién despuntan; figuras ambulantes que a través de este ritual van construyendo la nación, el Estado, y todo lo que deba construirse para escenificar la república moderna.

Hacerse cargo de dicho retrato no significa desecharlo, sino más bien revisar los supuestos que lo sostienen. Las relativas cuotas de autonomía generadas por el trabajo en terreno ofrecen importantes luces al respecto. De nuevo, sin desestimar su innegable dependencia sobre la estructura administrativa, no cabe duda de que estos burócratas operaron con agendas que iban más allá de los intereses inmediatos

¹⁹ Esta lectura weberiana de la relación entre gobernantes y cuerpos administrativos ha sido recientemente rescatada para reinterpretar –con cierto ánimo mitificante– el protagonismo de los “agentes individuales” en los procesos de burocratización del Estado. Para una lectura de esta relación en la línea mencionada, Kiser y Baer (2005).

del poder al cual servían; en esa línea, la mecánica vinculación de estos agentes con el proceso de construcción de la nación y el Estado merece, al menos, una lectura más problemática. Algo similar podría decirse al considerar el nivel de preparación de estos funcionarios. Si seguimos el perfil del retrato político, sería fácil asumir que cada uno de ellos contaba con conocimientos y herramientas suficientes para cumplir satisfactoriamente las misiones encomendadas. La práctica, sin embargo, apunta en la dirección contraria. Una revisión atenta de los informes estadísticos generados en la segunda mitad del siglo XIX (basta recordar los esfuerzos de Javier Gutiérrez) confirma que la falta de experiencia y formación técnica –por no mencionar los intereses políticos de turno– constituyeron barreras permanentes para la consolidación científica del sistema estadístico. A pesar de los continuos intentos por profesionalizar la recolección de datos privados y públicos, replicando los estándares y metodologías definidas en los congresos internacionales de la disciplina, las debilidades del sistema burocrático terminaron imponiendo trabas difíciles de superar²⁰. Desde luego, estos obstáculos no pueden ser comprendidos como patrimonio exclusivo de la historia estadística chilena. Atendiendo a las particularidades de cada caso, dichos desafíos fueron una constante en el devenir de esta ciencia durante el siglo XIX latinoamericano²¹. En definitiva, hay desajustes, pero sería excesivo declarar la existencia de una crisis. Gran parte de dichos obstáculos –parte de ese aparente divorcio– simplemente tuvieron que ver con la lógica precariedad del sistema y con la inercia que mantuvo a flote la débil estructura del Estado en más de algún punto de la república.

A fin de cuentas, lo más interesante de esos desafíos es que terminaron convirtiendo a estos burócratas ambulantes en editores oficiales. La posibilidad de acceder a testimonios diversos y entrevistar a los ciudadanos y sus autoridades, el derecho a exigir informes sanitarios, policiales y administrativos, la facultad de consultar archivos parroquiales y conocer el resultado de las investigaciones científico-sociales realizadas por vecinos mejor preparados, nutrieron a estos funcionarios de información tan valiosa y variada que cualquier brecha formativa o técnica podía ser disimulada. El desplazamiento continuo por las fronteras de

²⁰ Respecto a la influencia de los congresos internacionales de estadística tanto en el desarrollo de los sistemas estadísticos nacionales como en la configuración de redes transnacionales de cooperación científica, ver Westergaard (1969: 172-235); también Randeraad (2010).

²¹ No conviene perder de vista que cualquier comparación de este tipo debe considerar la influencia del pasado colonial en la configuración de los sistemas estadísticos republicanos. Tal como sucedió en otras ramas de la administración, la experiencia acumulada en los espacios virreinales contribuyó de manera notable a la implantación de prácticas modernas en lo que se refiere a almacenamiento y uso de información de interés gubernamental. Esta proyección, desde luego, tuvo una intensidad menor tratándose de colonias periféricas como Chile. Para una evaluación de estos vínculos en el caso mexicano, ver Lomnitz (1999: 99-110) y Lomnitz (2001: 125-144); para una historia del pensamiento estadístico mexicano en los inicios de la república, Mayer (1999); respecto al período revolucionario, Ervin (2009). En el caso de Brasil, Loveman (2007) y Loveman (2009). En el caso peruano, Gootenberg (1995); Chiaramonti (2000); recientemente, el historiador José Raga ha vuelto sobre el tema, sugiriendo que el *know how* colonial se perdió en la transición hacia la república en Perú, debido a la “ausencia de una red de funcionarios dependientes del poder central que remitiera y almacenara esta información”; ver Raga (2008). Para una perspectiva latinoamericana, Arrext, Somoza y Mellafe (1983) y Sánchez Albornoz (1994).

cada jurisdicción les permitió así manejar a discreción el cruce entre los diversos discursos, conocimientos e intereses que coincidieron en la construcción de la descripción estadística. Sus informes testimonian estos inéditos maridajes. Lejos del tenor científico atribuido a este tipo de textos, los reportes provinciales producidos por las comisiones estadísticas terminaron convertidos, como ya hemos visto, en compendios de citas eruditas, datos sueltos, retratos bucólicos, ciencia local, extractos de prensa, reflexiones sociopolíticas y legislación. Entendido así el problema, identificar la presencia de múltiples voces en los reportes estadísticos no supone emplear una hermenéutica compleja. Tal como hoy, en ese discurso coincidieron narrativas diversas —científicas, literarias, religiosas, administrativas— y fueron ellas las que tramaron la densidad de aquellos documentos que sin mucha justificación terminamos confinando a los impopulares reductos de lo oficial.

Referencias

- S. A. (1875). *Estadística jeneral del departamento de Melipilla presentada en la Exposición Internacional chilena de 1875*. Santiago: Imprenta de El Progreso.
- ADAMS, J., CLEMENS, E. S. y ORLOFF, A. S. (Eds.), (2005). *Remaking Modernity. Politics, History, and Sociology*. Durham: Duke University Press.
- AGUIRRE, C. y McEVOY, C. (Eds.), (2008). *Intelectuales y poder. Ensayos en torno a la república de las letras en el Perú e Hispanoamérica (ss. XVI-XX)*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos.
- ARREXT, C., SOMOZA, J. y MELLAFE, R. (1983). *Demografía histórica en América Latina. Fuentes y métodos*. Costa Rica: CELADE.
- ASTABURUAGA, F. (1862). *Diccionario jeográfico de la República de Chile*. Nueva York: D. Appleton & Company.
- BELLO, A. (1846). Discurso pronunciado por el Sr. Rector de la Universidad, D. Andrés Bello, en la instalación de este cuerpo el día 17 de septiembre de 1843. En *Anales de la Universidad de Chile correspondientes al año de 1843 y al de 1844* (pp. 140-152). Santiago: Imprenta del Siglo.
- BURNS, K. (2005). Notaries, Truth, and Consequences. *The American Historical Review* 110 (2), 350-379.
- CALDERÓN, A. (2007). *260 años del correo en Chile: 1747-2007*. Santiago: Correos de Chile.
- CARMAGNANI, M. (coord.), (2000). *Constitucionalismo y orden liberal: América Latina, 1850-1920*. Torino: Otto Editore.
- CARROLL, P. (2006). *Science, Culture, and Modern State Formation*. Berkeley: University of California Press.
- CHIARAMONTI, G. (2000). Buscando al ciudadano ‘virtuoso’. El censo peruano de 1876 en el proyecto político de Manuel Pardo. En CARMAGNANI, M. (coord.). *Constitucionalismo y orden liberal: América Latina, 1850-1920* (pp. 9-50). Torino: Otto Editore.
- CONDE DE GASPARÍN (1846). *Cours d'agriculture*. Paris: Librairie Agricole de la Maison Rustique.
- COURCELLE-SENEUIL, J. G. (1858). *Traité théorique et pratique d'économie politique*, 2 vols.

- Paris: Guillaumin.
- DAUXION-LAVAYSSE, J. J. (1820). *A Statistical, Commercial, and Political Description of Venezuela, Trinidad, Margarita and Tobago*. London: C. and W. B. Whittaker.
- EGAÑA, M. L. (2000). *La educación primaria popular en el siglo XIX en Chile: una práctica de política estatal*. Santiago: DIBAM.
- EL ARAUCANO*, Santiago, 1843, 1855 y 1856.
- EL FERROCARRIL*, Santiago, 1876.
- ERVIN, M. A. (2009). Statistics, Maps, and Legibility: Negotiating Nationalism in Revolutionary Mexico. *The Americas* 66 (2), 155-179.
- ESTEFANE, A. (2004). 'Un alto en el camino para saber cuantos somos...' Los censos de población y la construcción de lealtades nacionales. *Historia* 37 (I), 33-59.
- _____ (2012). Enumerar lo que se gobierna. La producción del *Anuario Estadístico de la República de Chile*. En *Anuario Estadístico de la República de Chile. Estudios sobre territorio y población* (pp. ix-lxi). Santiago de Chile: Cámara Chilena de la Construcción, Pontificia Universidad Católica de Chile, Biblioteca Nacional de Chile.
- FERREIRO, O. y PRADO, C. (1991). Historia de estadística en Chile. *Estadística Española* 33 (128), 575-586.
- FIGUEROA, V. (1931). *Diccionario histórico, biográfico y bibliográfico de Chile 1800-1928, Tomo IV*. Santiago: Establecimientos Gráficos Balcells & Co.
- GAY, C. (1862-1865). *Historia física y política de Chile. Agricultura*. Paris: Casa del Autor; Chile: Museo de Historia Natural de Santiago.
- _____ (2004). *Atlas de la Historia física y política de Chile, Tomo primero*. Santiago: LOM Ediciones; DIBAM, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- _____ (2007). *Historia física y política de Chile, Tomo primero*. Santiago: Cámara Chilena de la Construcción, Pontificia Universidad Católica de Chile, Biblioteca Nacional de Chile.
- GOOTENBERG, P. (1995). *Población y etnicidad en el Perú republicano (siglo XIX): algunas revisiones*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- GUTIÉRREZ, J. (1874). Descripción estadística de la provincia de Llanquihue. En OFICINA CENTRAL DE ESTADÍSTICA, *Anuario Estadístico de la República de Chile correspondiente a los años de 1872 y 1873. Tomo décimo cuarto* (pp. 239-247). Santiago: Imprenta Nacional.
- KISER, E. y BAER, J. (2005). The Bureaucratization of States: Toward an Analytical Weberianism. En ADAMS, J.; CLEMENS, E. S. y ORLOFF, A. S. (Eds.). *Remaking Modernity. Politics, History, and Sociology* (pp. 225-245). Durham: Duke University Press.
- LA DÉCADA ARAUCANA*, Santiago, 1825.
- LEIBLER, A. E. (2004). Statistician's Ambition: Governmentality, Modernity, and National Legibility. *Israel Studies* 9 (2), 121-149.
- LEMMO, A. (1967). *Dauxion Lavaysse y su obra*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- LOMNITZ, C. (1999). *Modernidad indiana. Nueve ensayos sobre nación y mediación en México*. México D.F.: Planeta.
- _____ (2001). *Deep Mexico, Silent Mexico: An Anthropology of Nationalism*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- LOVEMAN, M. (2007). Blinded Like a State: The Revolt Against Civil Registration in 19th

- Century Brazil. *Comparative Studies in Society and History* 49 (1), 5-39.
- _____ (2009). The Race to Progress: Census Taking and Nation Making in Brazil (1870-1920). *Hispanic American Historical Review* 89 (3), 435-470.
- LOWE, D. M. (1982). *History of Bourgeois Perception*. Chicago: The University of Chicago Press.
- MAYER, L. (1999). *Entre el infierno de una realidad y el cielo de un imaginario. Estadística y comunidad científica en el México de la primera mitad del siglo XIX*. México D. F.: El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos.
- MELLAFFE, R. (1952). Reseña de la historia censal del país. En SERVICIO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS Y CENSOS, *XII Censo General de Población y I de Vivienda. Levantado el 24 de abril de 1952, vol. I* (pp. 11-33). Santiago: Servicio Nacional de Estadísticas y Censos.
- MIZÓN, L. (2001). *Claudio Gay y la formación de la identidad cultural chilena*. Santiago: Editorial Universitaria.
- OFICINA CENTRAL DE ESTADÍSTICA (1858). *Censo jeneral de la República de Chile levantado en abril de 1854*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril.
- _____ (1860). *Anuario Estadístico de la República de Chile. Entrega primera*. Santiago: Imprenta Nacional.
- _____ (1867). *Anuario Estadístico de la República de Chile. Entrega octava*. Santiago: Imprenta Nacional.
- _____ (1870). *Anuario Estadístico de la República de Chile correspondiente a los años de 1868 y 1869. Tomo décimo*. Santiago: Imprenta Nacional.
- _____ (1871). *Anuario Estadístico de la República de Chile correspondiente a los años de 1870 y 1871. Tomo undécimo*. Santiago: Imprenta Nacional.
- _____ (1872). *Anuario Estadístico de la República de Chile correspondiente a los años de 1870 y 1871. Tomo duodécimo*. Santiago: Imprenta Nacional.
- _____ (1873). *Anuario Estadístico de la República de Chile correspondiente a los años de 1871 y 1872. Tomo décimo tercio*. Santiago: Imprenta Nacional.
- _____ (1874a). *Anuario Estadístico de la República de Chile correspondiente a los años de 1872 y 1873. Tomo décimo cuarto*. Santiago: Imprenta Nacional.
- _____ (1874b). *Recolección de datos estadísticos para la Oficina Central*. Santiago: Imprenta Nacional.
- _____ (1875). *Anuario Estadístico de la República de Chile correspondiente a los años de 1873 y 1874. Tomo décimo quinto*. Santiago: Imprenta de la Librería del Mercurio.
- OTERO, H. (2006). *Estadística y nación. Una historia conceptual del pensamiento censal en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- PEÑA, S. (1872). Descripción de la provincia de Valparaíso. En OFICINA CENTRAL DE ESTADÍSTICA, *Anuario Estadístico de la República de Chile correspondiente a los años de 1870 y 1871. Tomo duodécimo* (pp. 271-353). Santiago: Imprenta Nacional.
- PISIS, A. (1875). *Geografía física de la República de Chile*. París: Instituto Geográfico de París, Ch. Delagrave, editor de la Sociedad Geográfica.
- PORTER, T. (1986). *The Rise of Statistical Thinking 1820-1900*. Princeton: Princeton University Press.
- RAGA, J. (2008). Ideólogos del Leviatán. Estadística y sociedad en el Perú (1791-1876).

- EN AGUIRRE, C. y McEVOY, C. (Eds.), *Intelectuales y poder. Ensayos en torno a la república de las letras en el Perú e Hispanoamérica (ss. XVI-XX)*, (pp. 151-172). Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos.
- RAJ, K. (2007). When Human Travellers Become Instruments: The Indo-British Exploration of Central Asia in the Nineteenth Century. En *Relocating Modern Science. Circulation and the Construction of Knowledge in South Asia and Europe, 1650-1900* (pp. 181-222). Houndmills: Palgrave Macmillan.
- RAMA, Á. (1984). *La ciudad letrada*. Hanover NH: Ediciones del Norte.
- RANDERAAD, N. (2010). *States and Statistics in the Nineteenth Century: Europe by Numbers*. Manchester: Manchester University Press.
- RENGIFO, T. (1871). Informe del visitador de estadística en las provincias del sur. En OFICINA CENTRAL DE ESTADÍSTICA, *Anuario Estadístico de la República de Chile correspondiente a los años de 1870 y 1871. Tomo undécimo* (pp. xii-xix). Santiago: Imprenta Nacional.
- _____ (1872). Informe del visitador de las provincias el norte. En OFICINA CENTRAL DE ESTADÍSTICA, *Anuario Estadístico de la República de Chile correspondiente a los años de 1870 y 1871. Tomo duodécimo* (pp. xx-xxiii). Santiago: Imprenta Nacional.
- ROJAS MAGALLANES, V. (1907). *La reorganización de la estadística*. Santiago: Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona.
- SAGREDO, R. (2001). *Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo XIX*. Santiago: DIBAM, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana; México D. F.: El Colegio de México.
- _____ (2004). El Atlas de Gay y la obsesión por representar Chile. En GAY, C., *Atlas de la Historia física y política de Chile, Tomo primero* (pp. 9-55). Santiago: LOM Ediciones; DIBAM, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- _____ (2007). De la historia natural a la historia nacional. La *Historia física y política de Claudio Gay y la nación chilena*. En GAY, C., *Historia física y política de Chile, Tomo primero* (pp. ix-lvii). Santiago: Cámara Chilena de la Construcción, Pontificia Universidad Católica de Chile, Biblioteca Nacional de Chile.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, N. (1994). *La población de América Latina. Desde los tiempos precolombinos al año 2025*. Madrid: Alianza Editorial.
- SCOTT, J. C. (1998). *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*. New Haven: Yale University Press.
- SERVICIO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS Y CENSOS (1952). *XII Censo General de Población y I de Vivienda. Levantado el 24 de abril de 1952, vol. I*. Santiago: Servicio Nacional de Estadísticas y Censos.
- TEOBALDO, M. E. (2006). Los inspectores escolares en los orígenes del sistema educativo en la Patagonia norte. Argentina: 1884-1957. *Educere et Educare. Revista de Educação* 1 (2), 13-32.
- TILLY, C. (2005). *Identities, Boundaries, and Social Ties*. Colorado: Paradigm Publishers.
- URZÚA, G. y GARCÍA, A. M. (1971). *Diagnóstico de la burocracia chilena (1818-1969)*. Santiago: Editorial Jurídica de Chile.
- WESTERGAARD, H. (1969). *Contributions to the History of Statistics*. New York: August M. Kelley Publishers [1932].